

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
6 de enero de 2009
Is 60, 1-6; Mt 2, 1-12

Levántate, brilla. La profecía de la primera lectura lo decía a la ciudad de *Jerusalén*. El autor probablemente recordaba, hermanos y hermanas, cómo después del exilio, los judíos que habían vuelto a la tierra prometida habían iniciado una peregrinación a Jerusalén, que había sido iluminada extraordinariamente (cf. Ag 2, 3-9). A partir de aquí, el profeta ve de antemano cómo todas las *naciones -pueblos y reyes*, dice-- se incorporan a este séquito del Pueblo de la alianza hacia la luz que brilla desde el lugar donde está el templo del Señor e ilumina la Ciudad Santa.

Levántate, brilla. La Iglesia ve un cumplimiento de esta profecía en el relato evangélico que acabamos de escuchar. Unos personajes *de Oriente* han visto una *luz* extraordinaria, se han levantado radiantes y se han encaminado hacia Jerusalén buscando aquél del cual la *luz* de la *estrella* era signo indicador. Estos personajes -*magos*, dice el texto evangélico; "reyes", los llama la tradición cristiana-- provenientes de otras *naciones* buscan la *luz* en Jerusalén, la Ciudad Santa donde Dios tenía su tabernáculo en medio de la humanidad. Allí es les indica que tienen que hacer un trozo más de camino para encontrarla, que tienen que llegar a Belén. Y allí reencuentran la *luz* y el *niño* del cual es signo la *estrella* luminosa que han visto. Una vez los *magos* han encontrado al recién nacido que buscaban, le ofrecen *presentes*, tal como Isaías había dicho y hemos escuchado a la primera lectura. Este itinerario de los *magos*, lo hemos hecho interiormente todos los creyentes Cristo de la historia. Nos hemos hecho discípulos espirituales de las Escrituras de Israel buscando la *luz* y la hemos encontrado en Jesús, nacido de María, en la *casa* que es la Iglesia. Es que Jesucristo ilumina de una manera nueva y esplendorosa la Ciudad Santa y la Escritura de la primera alianza.

Levántate, brilla. Esta invitación, pues, también es para nosotros, los cristianos, que hemos descubierto a Aquél que es *la Luz verdadera que, al venir al mundo, ilumina a todos los hombres* (Jn 1, 9), tal como escuchábamos el día de Navidad. Es más, nosotros mismos, iluminados por la fe y el amor fraterno, somos portadores de esta *luz* a favor de los otros y tenemos que hacerla resplandecer *delante de la gente* (cf. Mt 5, 16); tenemos que ser presencia *radiante* del Evangelio de Jesús en medio de la sociedad, en medio de la oscuridad del mundo. En la profecía de la primera lectura, se nos decía que *las tinieblas cubren la tierra, y la oscuridad los pueblos*. No es difícil ver cómo todavía es así en nuestros días. Muchos se encuentran en la tiniebla porque no tienen ningún horizonte que les dé sentido ni les enseñe una norma de vida coherente con la dignidad a ser persona; está la tiniebla de la violencia bajo muchas formas, hasta entre esposos y padres e hijos; la tiniebla, todavía, de la grave crisis económica de alcance universal en la cual se encuentra sumergida nuestra sociedad, y que es fruto de la falta de escrúpulos a la hora de ganar dinero. No es difícil constatar, tampoco, *las tinieblas que cubren la tierra, ... los pueblos y naciones*. No es necesario enumerarlos, pero recordemos algunos lugares de la geografía donde los nubarrones de la injusticia, de las bombas y de la violencia hacen estragos: la Franja de Gaza, Irak, Afganistán, Guantánamo, y tantos otros lugares más, donde hay enfrentamientos étnicos, religiosos o políticos.

El profeta nos decía, sin embargo, que mientras la oscuridad cubre muchos pueblos, *llega la luz* para el mundo y *la gloria del Señor amanece sobre ti*. Por eso los cristianos somos invitados a levantarnos radiantes. En medio de la tiniebla de la injusticia, del mal y de la muerte, brilla una *luz*. No es una *luz* total como la que a pleno día ilumina todas

las cosas (tal como recordaba al papa Benedicto XVI en su mensaje del día de Navidad), pero sí que es una *luz* definitiva, que se va difundiendo a partir de un punto - Jesucristo-- y va disipando *las tinieblas*. Con él, ha llegado al mundo *la luz* sin merma y, con esta *luz*, el camino hacia la justicia, la posibilidad de redención de las personas que se encuentran en situaciones que las agobian; junto con esta *luz*, ha llegado el camino del amor sin límites, la salvación de nuestra realidad débil y pecadora con la consiguiente invitación a participar de la glorificación de Cristo.

Levántate, brilla. Sí, los cristianos nos tenemos que levantar radianes para testimoniar a Jesucristo. Dicen que durante un par de semanas de este mes de enero, dos autobuses de Barcelona llevarán un anuncio en el cual se podrá leer: "Probablemente Dios no existe. Deja de preocuparte y disfruta de la vida". Nosotros, los cristianos, podemos sacar de dudas a los promotores de esta campaña. Este ser privado de entrañas y que condena sin misericordia, del cual quieren liberar a la gente y que identifican con Dios, es cierto que no existe. La cosa es mucho más seria. El Dios de verdad que se nos ha dado a conocer en Jesús, no es contrario a los seres humanos ni a su felicidad. Este Dios nos ama con un amor entrañable y *trata a todo el mundo con un gran miramiento*, no desprecia a nadie (cf. Sab 11, 23-26), porque quiere que toda la humanidad se salve y llegue a la plenitud de la existencia (cf. 1Tm 2, 4). La celebración de la epifanía del Señor nos recuerda precisamente que "Dios nos da prueba de un amor fiel" y nos hace conocer el camino de la "felicidad eterna" (cf. segundas vísperas del domingo segundo de Navidad). Con un Dios así, el único Dios que existe, sí que podemos dejar de vivir "preocupados" negativamente y *apasionarnos en hacer el bien* (cf. Tt 2, 14) viendo el amor con que somos queridos. Con un Dios así, sí que podemos disfrutar de la vida" porque sabemos cómo tenemos que afrontar las contradicciones inevitables a toda existencia humana, como el sufrimiento, y sabemos, también, que la muerte ineludible es la puerta de la plenitud personal.

Levántate, brilla. Estas palabras proclamadas en nuestra liturgia de hoy son una invitación personal a cada uno para superar la inercia, la falta de vigor espiritual, el posible desencanto ante las dificultades de tantos tipos. Como *Santa María*, como san José, como *los magos*, como tantos y tantas a lo largo de la historia de la Iglesia, dejémonos penetrar cada día más por la *luz* de Jesucristo, con el fin de aportarla a nuestra sociedad a menudo cegada por tanta claridad fría y artificiosa que dejan a la gente decepcionada y vacía sin saber el porqué. Así seremos testigos jubilosos de la belleza de ser cristiano y de la esperanza que comporta. La Eucaristía, precisamente, nos hace ver la *luz* verdadera, nos aviva el rescoldo del corazón y nos envía a iluminar el mundo con la palabra de Jesucristo.